J. TORRES ROMERO
Y
MANUEL F. LASSO DE LA VEGA

Nube de Polvo

MADRID
LIBRERÍA DE F. FÉ
PUERTA DEL SOL, 15

NUBE DE POLVO

NUBE DE POLVO

COMEDIA EN DOS ACTOS

ORIGINAL DE

JUAN TORRES ROMERO

Y

MANUEL F. LASSO DE LA VEGA



JAÉN

Tipografía de Gregorio Cruz Ortuño

1917

PERSONAJES

Soledad.
Doña Águeda.
Laura.
Emilia.
Don Blás.
Don Tomás.
Luís.
Carlos.
Marcelo.
Antonio.

La acción, en Villa-Clara:
pueblo andaluz.



ACTO PRIMERO

Jardín en casa de Luis. A la derecha, entrada a ésta. Al frente, una verja con puerta, que comunica—según la farsa—con la casa de Don Blás, y con el jardin de la misma. A la izquierda, entrada de los personajes que no vengan de casa de Don Blás. Muebles de mimbre o junco.

Al alzarse el telón, están en escena: doña Águeda, Soledad y don Tomás.

TOMÁS ¡Pero qué dormilón es este Luisito!

SOLEDAD Estudia mucho. Juan me ha dicho que se está leyendo hasta las tantas.

TOMÁS Leer no es bueno. Y, sobre todo, desde que se ha descubierto que hay mala prensa: Guttenberg fué un ateo.

ÁGUEDA Leerá esos periódicos de Madrid... ¡Les tengo una rabia! Tu padre es un hombre muy ilustrado, y no los lee.

SOLEDAD Bueno: papá no lee ninguno.

TOMÁS Ya irá Luisito perdiendo esas malas costumbres, y haremos, de él, todo un hombre. Porque listo, eso, lo es.

SOLEDAD ¡Y lo que sabe!... El otro día me leyó una de esas cosas que escribe, y, aunque yo no entiendo, me enternecí mucho, y me

pareció que sonaba muy bien. ¡Por poco lloro!...

ÁGUEDA ¡Pobre hija mía!

SOLEDAD Ya hubiera querido don Paco, aquellas frases tan sentimentales, para su sermón de hoy.

ÁGUEDA (Al ver entrar a Luís, que sale de la casa.) ¡Dormilón! ¡Las seis de la tarde!...

LUÍS Me avisó Juan, que estaban ustedes aquí. ¿He tardado mucho?

SOLEDAD Un rato.

TOMÁS Yo he dormido la gran siesta.

ÁGUEDA Yo no; porque las mujeres de nuestra casa, no podemos dormir en el centro del día; pero qué se yo las cosas que he hecho desde que vine de misa mayor... ¡Ah! Hemos oído una preciosa plática.

SOLEDAD Muy linda.

TOMÁS Nos han hablado del Racionalismo y del Positivismo.

ÁGUEDA Y muy a propósito. Hoy las gentes están sólo por lo positivo.

TOMÁS ¡No es eso, doña Águeda! ¡Usted confunde términos!

ÁGUEDA (Con marcado énfasis.) ¡¡Sabré yo lo que digo!!

LUÍS (Cortando la conversación.) Y... ¿después de la misa?...

ÁGUEDA Almorzamos. Luego, fuímos a ver a doña Asunción y a las de Castro,—esas cursis—para tratar de si se lleva esta tarde, a la plaza, mantilla o sombrero.

TOMÁS ¡Al grano! No hubiéramos venido a molestar a usted, Luisito, si no fuera porque...

ÁGUEDA Tenemos que pedirle un favor.

LUÍS Ustedes dirán.

TOMÁS Como sabemos que tiene usted mano en la Capital, queríamos que influyese para que viniera la música del Regimiento, que allí hay. Como en el pueblo, no se ha dicho nunca una misa de campaña...

SOLEDAD En el paseo, resultaría lucidísima...

LUÍS Por mí no ha de quedar.

TOMÁS Está usted obligado a ello. Ya ve usted como se le ha recibido. Esto es muy hospitalario.

ÁGUEDA Y escriba usted que venga el mayor número posible de oficiales, porque eso anima. De los pollos de aquí no baila más que Marcelo, que a esta coje, a aquella suelta, sin que las niñas puedan bailar un vals como Dios manda.

TOMÁS ¡Ave María! ¿Cómo ha de mandar Dios que se bailen valses?

ÁGUEDA Es verdad... Pero así se da gusto a la gente joven. Que vengan tenientes, por si alguno cae. Y no lo digo por Soledad, que siempre ha tenido los pretendientes como en almáciga...

SOLEDAD ¡Mamá!...

TOMÁS Doña Águeda tiene razón... Bueno, esta señora también quería pedirle...

LUÍS — A ver.

ÁGUEDA — ¡Ah, sí! Las flores que hubiera en el jardín.

LUÍS — Diré que las corten ahora mismo.

SOLEDAD — Yo puedo irlas cogiendo.

LUÍS — Como quieras. (Vase Soledad por la izquierda)

TOMÁS — Y usted, Luís, a escribir esa cartita para Córdoba. Que el correo sale a las cuatro.

LUÍS — Al momento.

ÁGUEDA — Aquí esperamos.

LUÍS — Les mandaré una cerveza. (Ya en la puerta de la casa) ¿La quieren sola o con hielo?

TOMÁS — Con unos emparedados. (Breve pausa) Y dígame usted, doña Águeda, ¿cómo llevan las niñas su trabajo?

ÁGUEDA — ¡Sino fuera tan loca esa Emilia, ya estaría terminado!... Pero hay día que solo da tres pinceladas al bendito santo... De todos modos, pronto terminarán, y, desde luego, estará listo para cuando el señor Predicador inaugure el oratorio.

TOMÁS — Trabajillo nos han costado las licencias... Pero lo hemos conseguido, y ya puede usted oír misa en su casa... En Villa-Clara, no pueden decir ésto más que tres personas.

ÁGUEDA — Es verdad. Y el oratorio va a resultar magnífico... Tuvo usted una gran idea al aconsejarme que restaurase a san Pedro.

TOMÁS — La imagen es buena; eso sí, muy deteriorada...

ÁGUEDA ¡Calle usted!... El pobre santo ha sido mártir dos veces... Por desgraciado y por feo, le tengo más devoción... Yo recuerdo que, durante mucho tiempo, estuvo emparedado en una alacena. De allí, pasó a las cámaras, donde ha estado rodando más de veinte años... En casa de mi abuelo ya nos asustaban con él... «Como seáis malas,—nos decían a mi hermana y a mí—baja san Pedro con las llaves, y os encierra...» Esto las personas, que los animalitos también le han hecho lo suyo: las ratas le han comido tres dedos, y las moscas,—¡oh, las moscas!,— han hecho con el bendito santo, lo que los hombres más bárbaros hacen sólo de palabra... En fin, gracias a su iniciativa y a las niñas, que se ofrecieron a arreglarlo, ya no se le conoce.

TOMÁS Quedará muy bien. Emilia, aunque atolondrada, es lista, y tiene disposición para la pintura... Y decididamente, el color de la túnica...

ÁGUEDA ¡Verde! He tenido que transigir. Blás, que en nada se mete, en cuestión de colores es despótico. Siempre que se trata de elegir un color, dice lo mismo: ¿A que no sabéis el que se me ha ocurrido?... Y antes que lo diga, lo sabemos todos: verde... Pero no está mal; ya lo verá usted...

Tomás — Sí; daremos una vueltecita a esas muchachas.

Águeda — Hoy no vienen. Laurita va a recoger la capa que le han bordado las monjitas al santo... Creo que resultará preciosa.

Juan — (Entra con el servicio que coloca en una mesa.) ¿Desean algo más los señores?

Águeda — Nada más. (Páusa.)
Don Tomás, ahora que estamos solos...

Tomás — (Con la boca llena.) ¿Desea usted?

Águeda — Quiero su consejo... Se trata...

Tomás — ¿De algún disgustillo conyugal?

Águeda — No; el pobre Blás, no tratándose de colores, es un santo. Su ocupación única es hacer solitarios. Ni aún eso, porque no le sale ninguno...

Tomás — Entonces...

Águeda — (Bajando la voz.) Se trata de Solita. Usted habrá comprendido que, entre ella y Luís, hay algo?

Tomás — Algo, sí. ¿Y es cosa formal?

Águeda — Eso se intenta; formalizarlo.

Tomás — A mí me parece muy bien ese noviazgo. Sin embargo, sería prudente informarse...

Águeda — Luisito es un hombre de posición y de talento... Y si se queda entre nosotros, con sus cuartos y su inteligencia, vamos a ser los amos del pueblo, don Tomás. Si señor; los amos.

Luís — (Entrando) Ya tienen aquí la carta. ¿Desean algo más?

ÁGUEDA Luisito, ¿no tiene usted amistad con el señor obispo?

LUÍS ¡Quiá!

ÁGUEDA ¡Lástima! Podríamos pedirle unas indulgencias para el día del santo.

LUÍS Lo siento.

SOLEDAD (Entrando con un brazado de flores.) Ya están aquí las flores. ¿Habrá bastantes?

ÁGUEDA Creo que sí, y si no, mandaremos por más.

LUÍS (Aparte a Soledad.) ¿Me dás una? La que hayas tenido en tu boca.

SOLEDAD (Dándole una flor que lleva en el pecho.) ¡Toma!

LUÍS (Tomando otras flores.) Estas encarnadas para tí; póntelas.

SOLEDAD (Poniéndoselas.) ¡Caprichoso!...

ÁGUEDA Muchas gracias, Luisito... ¿Vienes, Soledad? (Le hace disimuladamente señas, para que se quede.)

LUÍS (Aparte a Soledad.) ¡Si quisieras quedarte!

SOLEDAD Me quedo haciendo unos ramos...

ÁGUEDA Quedas bien acompañada: Luís es, como de la familia. Don Tomás, ¿vamos?

TOMÁS Vamos. Hasta luego. (Salen de escena por la derecha doña Águeda y don Tomás.)

LUÍS ¿Estás enfadada?

SOLEDAD ¡Sí!

LUÍS ¿Por qué?

SOLEDAD Hoy es domingo, y, a pesar de tus promesas, no has ido a misa... Yo no te comprendo muy bien; pero me parece que, muchas de las cosas que piensas y haces, son malas.

LUÍS — Siempre miedo; temor a lo que no se comprende. ¡Pobre Soledad!

SOLEDAD — Sé que me miras con lástima...

LUÍS — No lo temas. Lástima y cariño son sentimientos que no pueden confundirse.

SOLEDAD — Que acabarás por olvidarme...

LUÍS — ¡Tendría que no quererte!

SOLEDAD — Prométeme que no será así...

LUÍS — Te lo prometo.

SOLEDAD — Ya estoy contenta.

LUÍS — ¿Que me dás en premio?

SOLEDAD — Otra flor. Toma. Huélela y acuérdate de mí. Dicen que cuando los hombres huelen flores, se acuerdan de la mujer que quieren.

LUÍS — Y cuando piensan en la mujer que quieren se acuerdan de las flores, también.

SOLEDAD — ¿Sí?

LUÍS — Si, mira: Yo pienso en tus manos, y me acuerdo de montoncitos de jazmines; pienso en tu boca, y me figuro estar embriagándome con el perfume de rosas aterciopeladas, lujuriantes de vida; pienso en tu amor, y, no sé por qué, lo comparo con las amapolas, tan sencillas y tan brillantes.

SOLEDAD — (Interrumpiendo.) ¡Cuántos disparates! ¿Eso es de alguna novela tuya?

LUÍS — (Algo picado.) ¡Es que te quiero tanto!

SOLEDAD — Cuando vayas a Madrid, me olvidarás.

Nosotras, las de pueblo, no tenemos atractivo para los hombres.

LUÍS — Los atractivos están en nosotros mismos, independientemente de lugar. Esos encantos superficiales, de escaparate, tienen el demérito de que son para todos...

SOLEDAD — ¡Qué bien me causan tus palabras!

LUÍS — Yo sólo ambiciono que me quieras; pero mucho. Como si pusieras, en ese cariño, toda tu vida.

SOLEDAD — Sí; pero viviremos aquí siempre; ¿verdad? A mí, las capitales me aturden con su ruído... Cuando fuímos a Málaga, ¡qué de gente! Y luego para ver lo mismo que aquí. Porque son las mismas casas; más grandes, nada más. Allí, no la conocen a una; los trajes se llenan de polvo, sin lucirse. Yo misma me compré algunas cosas; ¡pero qué había de estrenarlas allí! Y luego, los zapatos me estaban estrechos y no podía andar.

LUÍS — ¿Por qué no compraste otros?

SOLEDAD — ¡Comprar otros! ¡Si aquellos estaban nuevos!

LUÍS — ¡Ah!... ¡Tu no has soñado nunca, con salir de aquí; no has pensado en ver otro mundo distinto que este que te han impuesto!

SOLEDAD — Jamás. ¡No te has fijado en el cromo que hay en el comedor de casa... el de «La familia feliz»!...

LUÍS Sí; es un mamarracho.

SOLEDAD ¡Costó diez pesetas y es copia de un cuadro!... ¡No digas eso!

LUÍS (Jovial) ¡Dispensa!

SOLEDAD Así dice mamá que debe de ser la familia ideal. El matrimonio sentado a la estufa, con todos los hijos; la labor sobre la camilla; un gato grande... ¡Y ya ves tú, mamá tiene mucho talento!

LUÍS ¡Sí, sí!

SOLEDAD Te aburro; lo estoy viendo.

LUÍS Te equivocas; estoy pensando en tí, en mi Soledad; pero como tú eres, que no es siempre como hablas...

EMILIA (Desde el foro sin ser vista) ¡Soledad!

LUÍS Parece Emilia.

SOLEDAD Sí, Emila es.

EMILIA ¿Estan ustedes solos?

LUÍS Completamente. No se detenga.

SOLEDAD Entra.

EMILIA ¿No hay nadie, eh?

SOLEDAD Que no, mujer.

EMILIA (De trapillo; delantal; un pincel en la mano. Manchas abundantes de pintura, destacándose el verde, Puede llevar en la cabeza pañuelo en forma de rodete.) ¡Con esta facha están justificadas todas las precauciones!...

LUÍS ¿Artista? (Saludándose)

SOLEDAD ¿Pero estás pintando?... Me dijiste en misa que no venías...

EMILIA Porque Laura pensaba emplear la tarde

en el convento, terminando la capa. Pero cuando ella fué, ya la tenían las monjitas concluída; y se pasó por mi casa, para que la trajésemos y continuar la labor... Hace un buen rato que estamos trabajando... No queríamos avisarte; pero tu madre no lo ha permitido; dice que no es correcto que yo esté sola con el santo... ¡Santo y todo, al fin es un hombre!

LUÍS Y, qué ¿cómo va esa obra de arte?

EMILIA San Pedro no me lo va a perdonar nunca... ¡Lo estoy poniendo verde!... El responsable, desde luego, es don Blás. Yo estaba dispuesta a ponerlo morado, pero ¡caramba!, verde...

LUÍS Pues la última vez que yo le ví lo encontré muy bien.

EMILIA Bueno; porque usted no vió más que la cara, que es lo mejor.

SOLEDAD Y la cabeza te ha resultado preciosa.

EMILIA La cabeza... al pelo. Lo malo es el traje: fondo verde, con adornos dorados y filetes negros...

LUÍS Un poco llamativo.

EMILIA ¡Como que va a parecer un torero! Verde y oro, con los cabos negros.

SOLEDAD (Recriminándole) ¡Emilia!... Oye y la capa ¿cómo queda? ¿Se la habéis probado?

EMILIA No le sienta. Resulta estrecha y corta.

SOLEDAD Ha debido hacerse larga y con cola.

EMILIA Naturalmente. Sin cola no pega... En fin,

aquí no pinto nada.... Me voy con san Pedrito...

SOLEDAD Y yo contigo.

EMILIA Quédate un rato. Le dire a doña Águeda que tienen ustedes visita...

LUÍS Espere un poco, y nos vamos los tres.

EMILIA Estoy sobre ascuas... Si viniese alguien y me sorprendiera en este tipo... Sería, como dice mi padre cuando van visitas, un tira en el cerebro...

LUÍS Nadie viene; y en todo caso avisaría Juan.

EMILIA ¡No quiero asustar a la gente!

SOLEDAD Tú estás bien de todas maneras.

EMILIA Eso me dijo el otro día Adolfo Gómez, que se nos coló de sopetón: (Remedando) No se artere, Emilia, que a mí me resurta usté superió, de trapillo, vestida y... desnuda.

SOLEDAD Calla, mujer ¡Qué cosas dices!...

CARLOS (Por la derecha, puerta de la casa, y, con él, Juan que vase después de acompañarle) ¿Dónde está el campesino? (Al ver a Luis corre a abrazarle) ¡Un abrazo!

EMILIA ¡Jesús! ¿De dónde ha salido este hombre? (Vase corriendo por el foro.)

LUÍS ¡Carlos! ¡Cuánto me alegra el verte!... Pero ¿cuando has llegado?...

CARLOS Ahora mismo, chico; he dejado el automóvil a la puerta.

LUÍS (A Soledad, que se dispone a marchar, y que también hizo un aspaviento de sorpresa, con su exclamación correspondiente, al entrar Carlos.) Quédate, es un amigo de veras; como un hermano.

SOLEDAD ¡Con este traje!

LUÍS (Presentando) La señorita de Arias. Mi amigo don Carlos Rubio. (Carlos tiende la mano a Soledad; ésta se hace la distraída y aquél queda en actitud desairada.)

CARLOS Te sientan éstos aires; estás más grueso, y muy coloradote. ¡El poeta modernista, cantor de anemias y languideces!...

LUÍS Aquí se vive, querido Carlos. Debes quedarte unos días, cuando menos. Un artista como tú, goza estudiando estas costumbres, esta pureza de sentimientos.

CARLOS ¡Sí ya estoy aburrido, no sabes! He tenido que forcejear con estos bárbaros del pueblo. ¿Podrás creer que se echaban encima del automóvil, a riesgo de que los aplastasen? ¡Los fanáticos indios, dejándose aplastar por los elefantes sagrados!

SOLEDAD Claro; aquí no estamos acostumbrados a verlos. ¡Ni nos hace falta!

CARLOS Señorita, yo...

SOLEDAD No, señor. No tiene por qué excusarse.

CARLOS Yo sentiría...

SOLEDAD Nada; puede usted hablar con completa libertad.

CARLOS Pues si refiriera...

LUÍS Cuenta, cuenta... (Riendo)

CARLOS Al pasar frente a un caserón que hay en la plaza... Me parece que un casino «El

Recreo» y, en efecto, se recreaban... (Haciendo ademán de que jugaban al monte.) chico que de aplausos; fuímos ovacionados.

LUÍS Luego te quejas.

CARLOS No he terminado. Unos metros más adelante, al cruzar ante otro casino, uno que tiene un mascarón en la portada, ¿puedes creer que se nos silbó?

LUÍS (Riendo) Me lo explico todo. Al pasar ante el casino conservador, te aplaudieron. ¿Qué iban a hacer los del liberal? Lo contrario. Es la política de aquí.

CARLOS ¡Una forma pintoresca de hacer política!

SOLEDAD (Malhumorada) No los puedo escuchar más. Hasta luego. Caballero... (Dirigiendose á Carlos) Con permiso de mis padres, ahí tiene usted su casa.

CARLOS Señorita, tantas gracias. (Tras pequeña pausa)

LUÍS Pero ¿cómo se te ha ocurrido venir á verme, tú que estás siempre tan atareado?

CARLOS Es que te necesito, mejor dicho: te necesitamos en Madrid.

LUÍS ¡Hombre!

CARLOS Tú conoces mis proyectos de siempre; los proyectos obreros, creación de Bolsas de trabajo, etc. Primero fué algo indefinido, que yo vislumbraba y que, muchas noches, nos quitó el sueño a los dos, entre el humo de los cigarros y los montones de cuartillas. Ahora todo lo

tenemos; disponemos de dinero... Ya te contaré...

LUÍS — Si supieras qué débil estoy para la lucha. Después de mi rompimiento con Lucy... ya recordarás... he buscado, en el alejamiento de todo ruído, de toda emoción intensa, la renunciación de mí mismo.

CARLOS — ¡Cobarde!

LUÍS — Busqué otra vida, otro ambiente, otros amores...

CARLOS — ¿Aquí?

LUÍS — Si, aquí. Es mi resurrección. Soledad es mi novia.

CARLOS — (Con sorpresa e ironía.) ¡Esa señorita que acaba de marcharse!

LUÍS — Es muy hermosa ¿verdad?

CARLOS — Sí...

LUÍS — (Mohino.) ¿No te agrada Soledad?

CARLOS — En este ambiente...

MARCELO — (Por la izquierda.) ¿Puede pasarse? Mejor dicho: ¿debe pasarse?

LUÍS — Adelante, amigo mío. (Presentando.) Carlos Rubio. Marcelo Ibáñez.

MARCELO — Tanto gusto. ¿Es usted el maestro de Capilla?

LUÍS — ¡Hombre, no! El señor es Ingeniero.

MARCELO — ¡Ah! ¿Será de usted ese automóvil que está a la entrada?

CARLOS — Y de usted.

MARCELO — Gracias amigo...

CARLOS — Carlos.

MARCELO Va usted a ser rifado en el pueblo. Aquí, hay veintiocho niñas casaderas, y sólo cuatro jóvenes que se atrevan a casarse... Contándome a mí, que no voy a atreverme. Y para las niñas de aquí, no valemos nada; en cambio, llega un cualquiera...

CARLOS ¡Hombre!...

MARCELO Hace tres años, vino el marquesito de Rubia, a casa de un tío que tiene aquí; y las niñas se volvieron locas y las mamás...

CARLOS ¿Locas también?

MARCELO Esas... de atar.

LUÍS Marcelo exagera.

MARCELO ¡Quite usted, amigo Luís! Decía el marquesito—por cierto que feo, lo era—«A mi me gusta el color azul». Y al día siguiente todas las muchachas vestidas de color de cielo. «Me gusta el peinado a lo Cleo de Merode». Y todas con raya y el pelo en bandos. Para estar más a lo Cleo, se me figura que alguna pensó en cortarse las orejas.

LUÍS (Riendo). ¡Este Marcelo!...

CARLOS Es interesante.

MARCELO Decía el marquesito: «Nada, como las faldas cortas». Y, en seguida, las faldas por aquí. (Señalando la rodilla.) Se organizó una compañía de aficionados; él era el primer actor y... hubo un conflicto. To-

das querían morirse en sus brazos. Hacía de marqués arruinado... y luego resultó así.

LUÍS ¿Sí?

MARCELO Vino, como usted, en automovil y un día salió en tercera para Madrid... Los periódicos de la corte dijeron que era un caballero de industria. ¡Dió aquí cada timo!...

CARLOS Pues ya habrá servido de escarmiento.

MARCELO ¡Quiá, amigo Carlos! Si este pueblo es lo más... muy hospitalario; ¡eso sí! pero imposible para vivir en él ciertas personas... (Pausa). Bueno, he charlado por los codos y no he dicho a usted, amigo Luís, el objeto de mi visita.

LUÍS Eso es.

MARCELO Queremos saber si contamos con su jardín para dar un almuerzo al señor Predicador. En la Glorieta debe comerse como en ninguna parte.

LUÍS Concedido.

MARCELO Muchas gracias. Así lo esperaba, y ya se lo dije al Hermano Mayor... Amigo Carlos, amigo Luís...

LUÍS ¿Se marcha usted?

MARCELO No puedo detenerme. La noticia de la llegada de Carlos, en automóvil, ha corrido como reguero de polvora. A mí me sorprendió en el casino; a poco fuí llamado, comisionándome para solicitar

de usted, amigo Luís, el favor que acaba de concederme; juntamente con el encargo de indagar lo más saliente sobre nuestro amigo Carlos: estado, edad, estética... Las muchachas en cónclave, aguardan impacientes mis noticias... ¡Amigos míos!... (Se despide efusivamente y vase.)

CARLOS ¡Es lástima! Este chico haría carrera en la corte.

BLÁS ¡Querido Luisín! (Al ver a Carlos.) ¡Señor mío!

LUÍS Mi amigo Carlos Rubio. Don Blás Arias. (Aparte a Carlos.) ¡Mi futuro suegro!

CARLOS Tanto gusto.

BLÁS Yo estaba en el casino y vi pasar a usted en ese coche...

CARLOS ¡Automovil!

BLÁS En casa, mi mujer y mi hija, son las que cumplen con las visitas; los hombres, sabe usted que somos poco aficionados...

CARLOS Sí... Sí...

BLÁS Mi mujer es terrible... Hace unas visitas de más duración que un puro de brea... ¡Pamplinas!... Las visitas son siempre desagradables para el que las hace, y no digamos para el que las recibe... ¡Y muy violentas!... En saliendo del tiempo, no sabe uno qué decir...

LUÍS (Disculpándole.) ¡Este don Blás, con sus franquezas!...

BLÁS Pero hay ocasiones en que es preciso. ¡Agueda lo dice!

CARLOS Por mí, no debía usted de haberse molestado.

BLÁS No, si yo tengo mucho gusto... Pero, con permiso de usted, voy a aflojarme la corbata; es la prenda que molesta más y la que creo más inútil.

CARLOS Tiene usted razón. (Aparte a Luís.) ¡Tu suegro es admirable! (A don Blas.) Está usted por lo cómodo.

BLÁS ¡Como se debe ser! A mí que no me vengan con pamplinas... Usted perdone, pero tenía en el casino una discusión. Aunque sea mucha curiosidad ¿cuanto le costó a usted el automovil?

CARLOS Es de un amigo. Diez mil francos.

BLÁS ¡Ya decía yo, que no era de usted!

CARLOS Pues acertó.

LUÍS Nunca ha estado este señor tan indiscreto. (Pausa.)

BLÁS Amigo mío, un cigarro.

CARLOS (Que está fumando.) Gracias.

BLÁS Tómelo usted que es bueno.

CARLOS ¡Si estoy fumando!

BLÁS Vamos, hombre, guárdelo para después... (Haciéndoselo tomar a viva fuerza) Un cigarro nunca viene mal.

CARLOS ¡Como quiera!

LUÍS Bueno, don Blás, sepa usted que mi amigo, es muy aficionado a ver pueblos; so-

bre todo, si hay algo de arquitectura, monumentos antiguos.

BLÁS Pues no se va usted sin ver el Castillo.

CARLOS Algo árabe.

BLÁS No; de los moros.

CARLOS ¡Ah!

BLÁS Es una cosa soberbia. Allí han pasado grandes tragedias. Se ha encontrado un foso todo lleno de esqueletos.

CARLOS Alguna necrópolis.

BLÁS No señor. Dicen que aquello fué un cementerio. También se apareció allí la Virgen.

CARLOS Muy curioso.

LUÍS Cuentan que allí se citaban dos novios... Que vieron los curiosos una forma blanca... acaso dos formas blancas...

CARLOS Naturalmente.

BLÁS No, Luisín. Todo el pueblo presenció el milagro.

LUÍS Dicen malas lenguas...

BLÁS Serán cosas inventadas en la rebotica de D. Gregorio, ¿sabe usted? Un liberalote de todos los diablos.

CARLOS ¿Hay aquí lucha de ideas?

BLÁS Mucho, pero a Dios gracias, los elementos de orden, estamos en mayoría. Hace tres meses vino un propagandista republicano a dar un... a echar discursos en el pósito viejo... Traía alborotada a la gente. ¿Qué dirá usted que hicimos? Pues lo

esperamos a la salida del pueblo y le dimos la paliza H, que he oido decir que es la mayor de todas. ¡Buena, buena, acabó la República!

LUÍS ¡Don Blás!

CARLOS Pero ¿y las autoridades?

BLÁS ¡Si las autoridades eramos nosotros!

CARLOS ¡Vamos! Eso se llama hacer política radical... y efectiva.

BLÁS ¿Estará usted aquí mucho tiempo?

CARLOS Muy poco.

BLÁS Pues no se va usted sin visitar mi molino. ¡Gran cosa! Probará usted el aceite.

CARLOS ¡Dios me libre!

LUÍS (Impaciente). Carlos, ¿no quieres entrar?

CARLOS (Con sorna). No. Don Blás, es persona grata...

LUÍS Yo voy a que te dispongan la habitación.

CARLOS Oye, Luís...

LUÍS ¡No me repliques!... Salgo pronto.

BLÁS Yo haré compañía a este pollo.

LUÍS Adios (Aparte). ¡Este don Blás me está poniendo en ridículo!

BLÁS Ya verá que bien se pasa aquí; este pueblo es muy hospitalario.

CARLOS Todos me lo dicen.

BLÁS Y es verdad... Visitarán a usded todas las personas de significación.

CARLOS ¡Pienso estar tan poco tiempo!

BLÁS Usted debe quedarse a vivir aquí, como Luís.

CARLOS Eso será dificil.

BLÁS Eso decía él y está muy metido en nuestras cosas.

CARLOS Ya lo veo.

BLÁS Y le ha sido muy conveniente.

CARLOS ¡Hombre!

BLÁS Vino delicado de salud y ya está repuesto. La vida en las capitales, no es buena para la juventud. Yo estuve en Madrid estudiando.

CARLOS ¿Es usted abogado?

BLÁS No llegué a terminar. Perdí dos años y como mi padre solo me había mandado allí para que adquiriese trato y me educara, pues dijo que ya le parecía bastante.

CARLOS Se comprende.

BLÁS Allí se gasta mucho. (Con tono de intriga). De seguro que la fortuna de Luisín habrá disminuído bastante.

CARLOS No sé.

BLÁS Lo digo, por que él vendió unas tierras muy buenas que tenía aquí en el ruedo. Luego dicen que compró papel de la Deuda... usted sabe?

CARLOS No puedo contestarle categóricamente.

BLÁS Yo no me he atrevido a preguntárselo a él, porque como desde el principio se han visto esas pamplinillas con Solita... ¡Que hubiese dicho!

CARLOS (Aparte). Probablemente muchas cosas.

BLÁS (Cambiando de tono). Pues sí señor, Luís es un muchacho muy juicioso y de muy buen talento. Las cosillas que ha escrito por ahí, le han servido para que los periódicos se ocupen de él y eso siempre agrada. ¡No crea usted! A mí no me parece malo que los jóvenes publiquen un librito. No sirve para nada práctico; pero les hace figurar. En fin, ya le tenemos en Villa-Clara y ahora a casarse, a ser hombre. ¿No le parece a usted?

CARLOS Sí... sí...

BLÁS Usted debe hacer lo propio. Aquí tiene usted de todo. ¿Mujer rica? Ahí tiene a Paquita Valdivia... feilla, eso sí... ¡Pero qué olivares! Carmela Rubio... menos rica, pero distinguida y lista... Procede de don Guzmán el Cruel. Educada no hay otra; sabe francés, piano... y algo de confitería. ¿Mujer de su casa? Todas lo son y muy cristianas. Y si quiere usted tener una docena de hijos, cásese aquí que no puede usted imaginarse los milagros que hacen las aguas de la Fuennegrilla...

CARLOS ¡Lo tendré muy en cuenta!

BLÁS Aquí tiene usted a mi gente. (Por la izquierda doña Águeda y Soledad, esta cambiada de traje). El señor es don Carlos Rubio, un amigo de Luisín que acaba de llegar.

ÁGUEDA Tantísimo gusto.

SOLEDAD Ya nos conocemos.

ÁGUEDA De modo que usted ha venido...

CARLOS En automóvil. Y de Madrid...

SOLEDAD Nosotras hemos estado allí.

ÁGUEDA Volvimos en el exprés. Corría una barbaridad. Mire usted, yo por mi gusto hubiera hecho el viaje en el mixto, pero como a veces es preciso...

BLÁS A Águeda y a mí nos revienta el tren. A esta no, a esta le disloca.

SOLEDAD Yo me paso todo el viaje asomada a la ventanilla. Lo primero que hago es santiguarme; luego me quito el sombrerillo y me quedo como en mi casa. ¡Lo que me gusta ver pasar árboles y ver súbir y bajar la tierra! Y contar los palos del telégrafo que hay de una a otra estación. Pregunto una cosa; si son pares que sí, si son nones...

CARLOS ¡Que nó!

SOLEDAD Eso es... ¿También los cuenta usted?

CARLOS ¡Desde luego!

ÁGUEDA Aunque las ciudades tienen atractivo, no me negará usted que como el campo...

CARLOS ¡Oh! ¡Como el campo!

BLÁS No hay nada. Yo lo confieso, me aburrí en Madrid. Una noche fuimos al Real; la ópera me resulta una pamplina.

ÁGUEDA (Recriminándole). Hombre Blás, eso no se dice.

BLÁS Yo lo digo en confianza a este señor. Ya

sé que la ópera no le gusta a nadie; ahora que no puede decirse. También estuvimos en el Museo...

ÁGUEDA Muy bonitos cuadros, aunque a algunos por decencia le debieran de poner una faja siquiera...

SOLEDAD La parada, eso sí, muy bonita. Y la casa de fieras, la jaula aquella grande de los monos...

BLÁS (Aparte a Carlos). Por cierto que un mono me hizo pasar un ratito... ¡No volveré más con señoras!

ÁGUEDA Esta tarde están trillando en las salinas. Vamos a ir todos, verá usted que divertido es. Se hace la excursión en burro.

CARLOS Esta tarde no puedo.

BLÁS Pues tiene usted que trillar antes de irse.

SOLEDAD Es preciso. Lucha una por no caerse, crujiendo el látigo y haciendo equilibrios sobre el trillo, mientras las amigas chillan para asustar a las mulas y que la tiren a una. Al fin lo consiguen y se cae entre el polvo y la paja para levantarse llena de arañazos. ¡Es mas divertido!

CARLOS ¡Si que lo será!

SOLEDAD Los domingos se hacen excursiones lindísimas. Cada uno lleva su merienda, luego se reunen todas. Entre dos árboles colgamos una gran soga, y nos mecemos, mientras los muchachos rien y juegan y toman dos copitas... Luego nos

acompañan hasta las primeras casas...

ÁGUEDA — Usted comprenderá que, entrar todos juntos, estaría mal visto...

BLÁS — ¡Son costumbres!...

ÁGUEDA — Pero hay muy buena sociedad. Las de Serrano se visten en Granada y a las de Sánchez les hacen las levitas en Madrid. Esas visten muy bien, pero Solita no se queda atrás... Porque los trajes que le han traído para las fiestas...

SOLEDAD — Son preciosos, pero no me los puedo poner porque están escotados.

ÁGUEDA — Ya se arreglarán; anda, ve por ellos, para que los vea este señor que entenderá de modas.

CARLOS — ¡¡Yo!!

BLÁS — ¡Pues tiene que verlos!

CARLOS — Con mucho gusto.

SOLEDAD — Voy por ellos. (Vase).

ÁGUEDA — (Aparte a don Blás). ¿Preguntaste aquello?

BLÁS — (Aparte a doña Águeda). Sí, pero no he sacado nada en limpio.

ÁGUEDA — Diga usted.... Carlos.

BLÁS — (Aparte). ¡No le digas nada, mujer!

CARLOS — Diga usted...

ÁGUEDA — Sería una tontería, porque se me ha olvidado.

LUÍS — (Que sale). ¡Cuanto me alegro de verlos reunidos!

CARLOS — He pasado un rato delicioso, oyendo a estos señores contar costumbres del pueblo.

BLÁS — Te vamos a dar una sorpresa.

ÁGUEDA — Ayer llegaron los vestidos de Soledad y tu no los has visto. Como estuvieron todo el día con nosotros las de López no quise enseñartelos.

BLÁS — En seguida los copian.

ÁGUEDA — Son muy ingeniosas. Ahora, la mayor, con un chaleco de fantasía de su padre, se ha hecho una blusa que es una preciosidad...

SOLEDAD — (Entra con los trajes, que deja sobre una silla). Aquí están.

LUÍS — (Avergonzado). ¿Porqué los has traído?

SOLEDAD — Para que los vean ustedes ¿para que vá a ser?

BLÁS — Enséñalos, Águeda, que éstos señores estarán impacientes.

CARLOS — ¡Justo! (Doña Águeda los muestra).

LUÍS — Preciosos.

CARLOS — (Con intención). Yo no he visto nunca trajes como estos.

LUÍS — ¡Si este verde fuera más claro!

BLÁS — Ese verde fué idea mía. A mí me gusta mucho el verde.

SOLEDAD — Es el color de moda.

CARLOS — (Cínico). ¡Cómo! ¿No conoces tú el color de moda?

ÁGUEDA — Fíjese usted en los encajes. ¿No son duquesa?

SOLEDAD — Algo menos será, mamá.

BLÁS — ¡Lo menos son marquesa! Ya ven uste-

tedes, ¡treinta y ocho duros! Con menos tengo yo vestidos para tres inviernos.

ÁGUEDA Llévatelos Soledad, que se van a estropear.

SOLEDAD Voy. (Al salir Soledad, Carlos se acerca a ella en tanto los otros hablan. Aparte a Soledad).

CARLOS Ya sabe usted que soy amigo íntimo de Luís, ¿no me dice usted nada?

SOLEDAD Que me quiere mucho.

CARLOS ¿Y usted a él?

SOLEDAD Un poquito... (Vase).

ÁGUEDA Ahora voy a decir una cosa agradable para todos.

BLÁS A ver, a ver... (Dirigiéndose a Carlos). ¡Atienda usted, joven, que va a hablar mi señora!

ÁGUEDA Que invitamos a comer a estos dos señores.

BLÁS ¡Bien hecho!

CARLOS ¡Muchas gracias! Van ustedes a molestarse...

ÁGUEDA No hay molestia. Los trataremos con confianza. Tortilla, albondigas... ¡Lo de siempre!... Unicamente Solita, en honor a usted, solamente hará un postre de arroz con leche que es su especialidad...

BLÁS (Frotándose las manos). ¡Prepárese, Carlos! ¡Se chupará usted los dedos!

ÁGUEDA Nos vamos por si tienen ustedes que hablar, y quieren lavarse.

BLÁS Hasta ahora. Ya volveremos.

LUÍS Adios.

CARLOS Adios.

BLÁS (Al salir). ¡Que no se te ocurra volver a invitar a nadie!

LUÍS ¡Tienen sus defectos, lo comprendo!

CARLOS ¿Es posible que hayas llegado a transigir con ellos?

LUÍS ¿Quién me dice que no está aquí la felicidad?

CARLOS Yo.

LUÍS Esta sencillez tiene encantos para mí. Yo estaba acostumbrado a una vida llena de engaños. Después de aquella gran crisis de mi vida, que te he recordado antes, me sentía morir... Pero se impuso la vida como siempre. Recordé este pueblo, que es el de mi padre, esta finca de campo, llena de recuerdos de mi niñez. Vine... ¡Y ya puedes figurarte!... Soledad y sus padres, viven en la quinta de al lado... Nos separa la verja... Nos vimos... Ella es hermosa y muy buena...

CARLOS ¡La historia de todos los amores!...

LUÍS El alma saturándose de campo. ¡Estoy aquí tan a mi gusto!

CARLOS Saturándose de tierra. Al acercarnos aquí creímos axfisiarnos. Pasábamos kilómetros y más kilómetros, en medio de puntos blancos, amarillos, brillantes, que danzaban a mi alrededor. Me parecía que

el chaufeur, el automóvil, yo mismo, eramos también otros tantos puntos, bailando en espacio.

LUÍS — A mi me ha sucedido lo contrario. Encerrado aquí sin más horizonte que el jardinillo, blanqueado por el polvo de la carretera, sin tratarme a penas con nadie, me he creído más grande por que en la obscuridad somos mayores. La luz al marcar nuestros contornos nos empequeñece.

CARLOS — Tu existencia aquí, es mi existencia de hace un instante... Nos envolvía una nuve de polvo; el mundo se encerraba en ella misma, porque limitándonos nos apartaba de todo; fuera nada existía para nosotros... Tu también vives envuelto en una nube que falsamente... te hace reducir el mundo a sus menguados límites... En ella has encerrado tu vida y quieres engañarte, y supones, que en ella está la vida toda.

LUÍS — Carlos...

CARLOS — Esta calma produce una sensación de abandono; pareee que el espíritu huye, que se desvanece, como un rayo de sol en mil puntos luminosos.

LUÍS — No conoces este mundo.

CARLOS — Renuncias a luchar por tus ideales, a vivir la vida, resignándote a verla pasar, a que se deslice ante tus ojos... Pero al dí-

siparse la nube se te ofrecerá cruel la realidad con sus pequeñeces y miserias... ¡Y debe ser tan triste reconocer que hemos cifrado todos nuestros anhelos en un ideal que se deshace en polvo!

LUÍS Habla más claro.

CARLOS Hace un momento, por primera vez, notabas en Soledad aspectos que ocultó la nube; su figura comenzó a limitarse, a empequeñecerse, a aproximarse a la realidad.

LUÍS ¡Carlos!

CARLOS Y es que la nube empieza a disiparse porque yo soy el aire de fuera que comienza a soplar.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La decoración del anterior. Luís y Carlos tomando café. Al levantarse el telón entra Juan a dar un recado.

JUAN — Señorito: Antonio el sacristán.

CARLOS — ¡A que no nos dejan hablar?

LUÍS — ¡Que remedio!.. Que pase. (Vase Juan. Levísima pausa).

ANTONIO — ¿Dan su permiso?

LUÍS — Adelante.

ANTONIO — (Tipo entremetido, redicho, ligeramente afeminado). Buenas tardes tengan ustedes. ¿Está usted bueno? ¿Y usted está también bueno?

CARLOS — ¡Todos estamos buenos!

ANTONIO — Vengo de parte del señor Cura, a ver si quiere usted darme los candelabros de plata.

LUÍS — ¿No te los llevaste ya?

ANTONIO — Son otros que hay en el despacho.

LUÍS — ¿En el despacho?

ANTONIO — Dice doña Águeda que los tiene usted en las rinconeras.

CARLOS Doña Águeda sabe mejor que tú lo que hay en tu casa.

LUÍS Es verdad.

ANTONIO Este año, con ser la camarera, se ha vuelto loca, con perdón sea dicho. Hace tres días que nos está haciendo acarrear trastos viejos: de usted, de doña Carmen, del pueblo entero... ¡Y si me recibieran todos con el agrado que usted!... ¡Pero a algunos hay que ver como le sienta, que es lo que yo siento!...

LUÍS (Distraído durante el párrafo anterior). Pero siéntese, Antonio.

ANTONIO No puedo detenerme, señorito Luís... Ahora mismito, voy a llegarme a casa de don Facundo... ¡Veremos como le cojo!... Tiene un carácter el hombre, que, antes de acercarse a él, hay que probarlo como a las planchas... ¿Tomo esos candelabros?

LUÍS Te los llevará luego Juan.

ANTONIO Gracias, señorito... Y ya sabe usted: en lo que se ocurra, no hay más que mandar... Y a usted, señorito, le digo lo mismo...

CARLOS (Con sequedad). ¡Gracias!

ANTONIO Lo que se ofrezca; que uno, aunque sea alabarse, lo hace todo. Y lo mismo, es un poner, enciendo yo una vela a San Elías, que llevo una carta a donde haya que llevarla, sin que se enteren las pie-

dras... ¡Conque ya lo oye usted, señorito Carlos!... Que esto, mayormente, va por usted...

CARLOS (Con extrañeza) ¡Por mí!...

ANTONIO Sí, señor... Después de lo ocurrido, no les será fácil entenderse... Y como yo la veo todos los días, porque entro en la suya como en mi propia casa... ¡En fin, ya conoce usted a donde voy yo a parar!...

CARLOS ¡Ni remotamente!...

ANTONIO ¡El señorito Luís, de fijo, ha caído en la cosa!...

LUÍS ¡Tampoco!...

ANTONIO (Dirigiéndose a Carlos y prescindiendo de eufemismos). ¡Como trae usted, lo que trae formado con la señorita Emilia!...

CARLOS ¡¡Yo!!

ANTONIO ¡Y le alabo el gusto! La señorita Emilia, sin ofender a nadie, es de lo mejorcito de aquí... Se merece esa suerte, como merece la suya la señorita Soledad... Por eso, a excepción de cuatro envidiosas criticadoras, se alegra el pueblo entero... ¡Porque todo se sabe!...

CARLOS ¿Y qué se sabe?

ANTONIO ¡El señorito Carlos quiere que le regale el oído!... Se sabe que a usted le gusta la señorita Emilia y que ella bebe los vientos por usted... ¡Esto es viejo! Que al principio, en la casa de la señorita, estaban para perder la cabeza con el no-

viazgo; pero que ahora, el padre, como se ha enterado del lío ese de Madrid...

CARLOS ¡Que dice este hombre!

LUÍS (Jovial). ¡Deja, deja que nos entere!

CARLOS ¿Qué lío es ese?

ANTONIO Ese entretenimiento que tiene usted en Madrid, con esa mujer, que dicen que es artista, o cosa por el estilo... Y lo que más ha enfurecido al padre de la señorita Emila es... la niña... La hija que ha tenido usted con la titiritera...

CARLOS ¡Que yo tengo una hija?... ¡Y con una titiritera?... ¡Usted está de remate!...

ANTONIO No, si yo... Es lo que se dice...

LUÍS ¡Continúe, Antonio! (Reprimiendo a Carlos con la mirada y alentando a Antonio para que llegue al final.) ¿Qué más, qué más se cuenta?...

ANTONIO Pues que el padre de la señorita Emilia se ha puesto por las nubes, y no permite de ninguna manera las relaciones; y como ella (A Carlos). quiere a usted y salta por todo, incluso por la titiritera y la niña, le están dando a la pobre señorita, muy malos ratos... Por lo que se asegura que la va usted a depositar...

CARLOS ¡Que te parece, Luís?... Sepa usted, que todo ese lío que cuenta de Madrid, es eso, ùn lío! ¡No tengo hija, y mucho menos con una titiritera!... ¡Y que, con la señorita Emilia, no traigo nada formado... como usted dice!

CARLOS Sí, en su cursilería. En su falta de matiz, ternura y desinterés...

LUÍS ¡La odias, sí, la odias! ¡Tanto, que no sabes respetar mi cariño!

CARLOS Si tu cariño lo juzgara sincero, si ella fuera la que tú crees querer, nada te diría... No es así... Veo que te engañas, que te engañan...

LUÍS ¡Me engañan!...

CARLOS Quieren emplearte como instrumento; ella, de su vanidad; los otros, de sus ambiciones...

LUÍS ¡Es horrible!...

CARLOS Vas a caer en la espantosa tragedia de una vida estéril, impulsado por este ambiente, y por una muchacha sin encantos. Soledad, como la tierra, es opaca; la luz que ves en ella, es reflejo de tu propia luz...

LUÍS ¡Soledad me quiere!

CARLOS Eres para ella un marido conveniente... No es ya tu alma, tu pensamiento que no comprende; ni tu propia envoltura, la parte física... Al sentir los mandatos de la materia anhelan y no precisan: ¡un hombre!

LUÍS ¡No continúes, Carlos!... ¡Tus juicios acerca de Soledad, me ofenden!... Te lo ruego, no vuelvas a hablarme de ella, en esa forma.

CARLOS ¡He debido callar!

LUÍS — Has sido cruel conmigo, y poco delicado con Soledad, que te brinda afecto. Has hecho mal, muy mal, Carlos.

CARLOS — Peor y más penoso: he cumplido con mi deber.

(Soledad, Emilia, Laura, don Blas y Marcelo entran por el fondo. Esta escena debe llevarse deprisa y muy animada).

EMILIA — ¿Que tal desde ayer, Carlos?

LAURA — ¿Y usted Luís?

MARCELO — ¡Amigos míos!... (Se saludan todos)

EMILIA — Venimos a reñirles.

LUÍS — ¿Por qué?

EMILIA — Anoche no fueron a la tertulia de la Condesa.

CARLOS — Y lo sentimos; pero yo me indispuse un poco...

LAURA — Algo me figuré. Me extrañaba que, teniéndomelo ofrecido, no asistiesen...

EMILIA — ¡Se pasó un rato delicioso!

MARCELO — Luisita no cantó. Y Jiménez, el joven médico, no nos habló de su especialidad.

CARLOS — ¿Es especialista Jiménez?

MARCELO — Se dedica a los niños.

BLÁS — Y no se le resiste uno. ¡Por eso, le han puesto Herodes!

LAURA — Se bailaron rigodones y lanceros, y, por último, virginias.

MARCELO — Luego hubo champagne.

EMILIA — A mí no me gusta el champagne, ¡uf! Prefiero las gaseosas.

LAURA — ¡Por Dios, Emilia!...

MARCELO ¡Oh! A mí me entusiasma.

BLÁS Yo, si no fuera tan caro, lo bebería a pasto. (A parte) ¡Mentira! Me produce un cosquilleo en las narices, que me hace estornudar.

EMILIA ¡Suerte que había poquito!

LAURA Como que eran todavía de las célebres botellas que trajo Juanito, para el almuerzo que iba a dar al diputado... Le regaló dos a don Basilio; don Basilio se las regaló a don Pedro; de don Pedro, se ignora cómo, pasaron a poder de don Fernando, y don Fernando se las regaló a la Condesa, al morir su marido.

MARCELO ¡La historia de las botellas ocuparía tres volúmenes!

EMILIA Bueno: venimos a invitar a ustedes para esta tarde.

LUÍS Se trata...

EMILIA De comernos unas merendillas en las huertas. La excursión se hace en coche y los mnchachos a caballo... Y si usted, Carlos, lleva su automovil, en él, pueden ir unos cuantos.

CARLOS Con mucho gusto.

EMILIA Usted siempre tan amable.

CARLOS Con ustedes hay que serlo.

LAURA ¡Aunque, anoche, no quiso acompañarnos!

CARLOS Lo sentí mucho, y Luís y yo, hablamos de ustedes.

EMILIA — Por eso me estuvo zumbando el oído toda la noche... ¿Y hablaron bien?

CARLOS — ¿Es posible otra cosa?

EMILIA — ¡Pues fué el izquierdo!

CARLOS — ¿Qué?

EMILIA — Cuando sentimos ruido en los oidos, dicen que hablan de nosotros. Si nos ensalzan, el ruido es en el derecho; si hablan mal, en el otro...

LAURA — ¡Como comprenderá, el ruido es siempre en el izquierdo!

CARLOS — ¿Y hay quien se ocupe de ustedes sin elogio?

EMILIA — Ahí tiene usted a Luisito Redondo, ¡nos pone!... Dice que teme a las muchachas del pueblo, porque cocean.

CARLOS — ¡Que bárbaro!

LAURA — Como ha estado en París, no le gustan nuestras cosas.

BLÁS — Sostiene la bárbara teoría, de que los pueblos embrutecen.

EMILIA — ¡Y la demuestra en cuanto abre la boca!

MARCELO — Ahora piensa irse a Córdoba para trabajar en la abogacía.

BLÁS — ¡Pamplinas!... ¡Lo que ese gane con los pleitos, me lo como en arenques, y no bebo agua!

CARLOS — Lo que observo es que tienen ustedes muchos abogados... Ya conozco a cuatro o cinco.

ANTONIO ¡Si es público, señorito Carlos!... Hoy mismo, en el casino, se ha formado una marimorena... Parece que don Raimundo, que ha sido, o quiere ser, novio de la señorita Emilia, ha estado barbarizando... ¡No se le puede tomar fundamento!... Porque no es malo, pero ordinario, es mas ordinario que la mojama... En fin, con licencia de ustedes me retiro; volveré mas despacio.... Y ya se lo he dicho a usted, señorito Carlos, si necesita de mí... ¡Con mucha voluntad! (Vase Antonio).

CARLOS ¡Es esto tolerable?... Me suponen a punto de casarme con una señorita que he visto cinco o seis veces, y, por si fuera poco, me adjudican una hija, fruto de amores con una titiritera....

LUÍS Exceso de imaginación es todo. Sienten deseos de saber de tu vida, y, al inquirir sin resultado, inventan... ¡A mí me ha hecho reir!

CARLOS ¡A mí no!... !Si no hubiera sido ridículo tomar en serio tanta majadería, hubiese golpeado al hombre ese!... ¡Lo que me sorprende, lo que me subleva, es que simpatices con ellos!... (Pausa)

LUÍS ¿Y me decías antes?...

CARLOS (Cambiando de tono) Algo muy triste.

LUÍS Te escucho.

CARLOS Llevo aquí cerca de un mes, luchando para arrancarte de esta vida, sin conse-

guir convencerte... ¡Mas no desisto!... La venda que cubre tus ojos irá haciéndose diáfana, verás, a través de ella, tu porvenir, tus ilusiones olvidadas.

LUÍS ¡No! Esas ilusiones son toda mi vida. Yo marcharé; te dí palabra... Antes, deseo convencer a Soledad... Ella accederá porque me quiere... Sus padres, su familia, quieren retenerla aquí... Se resisten... Abusar de su cariño, sería tiranía más brutal que la de la fuerza... Debo convencerla... Es cuestión de aplazar un poco, de tener paciencia... Si tú quieres marcharte, mi egoismo no llega a retenerte... Nosotros iremos después...

CARLOS ¡Deseas que me vaya!

LUÍS ¿Qué dices?

CARLOS ¡Te estorbo!

LUÍS ¡Carlos!...

CARLOS Te recuerdo tus obligaciones, me opongo a tus planes... ¡Es suficiente para hacerme odioso!

LUÍS ¡No puedes creerlo!

CARLOS Es humano, tristemente humano. El halago, el engaño, el acatamiento de los deseos o de los caprichos, nos rendiría al hombre más indómito y perverso; ir contra las ilusiones, oponerse a lo que quiere, revuelve iracundo al niño, contra la propia madre... Ves en mí al enemigo implacable de tu ideal... Y porque me

opongo, y porque temes que sea capaz de destruirlo, me hago odioso...

LUÍS ¡Me conoces!... ¡No necesito contestarte!

CARLOS Sí, Luís... Lo comprendí desde el primer momento, y porque se trata de tí insisto; insistiré hasta convencerme de que tu mal es irremediable. (Levísima pausa.)

LUÍS Yo ahora, Carlos, no puedo marchar... No es Soledad únicamente... Nada te he dicho... Perdóname... Mi fortuna exige solicitud... Asuntos desgraciados la han comprometido un poco...

CARLOS ¡Reservado conmigo!...

LUÍS Nadie lo ha sabido hasta que te lo he dicho a tí.

CARLOS ¡Soledad, si, por supuesto!

LUÍS Tampoco.

CARLOS ¡Desleal, también! ¡El contagio es completo!

LUÍS ¿Desleal?

CARLOS (Con ironía) Naturalmente. Una muchacha a la que piensas hacer tu mujer y en quien, para determinarse, ha de influir tu estado económico, guardar silencio, es exponerla a una desilusión, cuando no a un fraude...

LUÍS ¡Te burlas?...

CARLOS Muy en serio; creo que, al enterarte, te debió faltar tiempo para comunicárselo a Soledad.

CARLOS Debí correr a decírselo, es verdad... Sin

embargo, no se trata de una indelicadeza por mi parte... Esperaba a conocer exactamente la situación de mi capital, largo tiempo abandonado... No es un mal irremediable... Se reduce a tener conducta, a hacer administración, a...

CARLOS (Interrumpiendo) ¡Nada de eso me interesa! Si hablé, fué en burla... Lo que me preocupa, lo que me apena es tu ruina moral, el cataclismo de tus ilusiones sepultadas en Villa-Clara, en una mujer...

LUÍS ¡Odias a Soledad!

CARLOS Te equivocas. Pienso, de ella, como de esos paisajes castellanos, donde la tierra es color ceniza y los árboles jamás parecen haber sido verdes. Junto a ellos sentimos una impresión de amargura, de vacío inexplicable.

LUÍS ¡No la comprendes! ¡Soledad es bien distinta a como tu la crees!

CARLOS Seamos sinceros. No es soledad: Soledad es un pretexto... Es esta vida que se adueña de tí, porque, egoista, temes a la otra... Has soñado con esa existencia que desde pequeños, pensamos como ideal... El rincón aislado donde saborear la vida; el amor franco, noble, sin artificios... Has creido ver en la ignorancia de los que te rodean, sencillez e ingenuidad en la cursilería de Soledad...

LUÍS ¡Carlos!...

EMILIA ¡Pero todos de secano!

BLÁS De lo que debemos alegrarnos. Así no nos meten en litigios.

MARCELO Como que yo, cuando sea concejal, propondré que se les erija un monumemto en la plaza, con este o parecido lema: A los estúpidos abogados de Villa-Clara, el pueblo agradecido. (Risas)

LAURA ¿De modo, que irán ustedes?

CARLOS Seguramente.

EMILIA Se pasará muy bien.

LAURA ¡Diversiones de pueblo!

BLÁS ¡Como que vivimos en un pueblo!

LAURA Y sin otras noticias del mundo que las que nos traen los periódicos... Yo los leo todos los días.

BLÁS A mí también. Me gusta leerlos, porque se aprende mucha Física...

EMILIA Le presentaré a una muchacha que todavía no conoce: a Manolita Rivas; es muy mona.

MARCELO Y, sin embargo, el novio es más bruto...

BLÁS ¡Estornuda, y rompe un cristal!

LAURA ¡Jesús!

EMILIA Anoche se sentó a mi lado, y, en quince minutos, no se le ocurrió más que decirme: *¡Emilita, que tiazo é er Bermonte!*

MARCELO ¡Lo que le dice a todas!

SOLEDAD (Que ha estado hablando con Luís durante casi toda la escena). Niñas, creo que debemos marcharnos. Hay que prepararse para esta tarde.

MARCELO — Antes veremos el jardín. Luís, ¿es usted tan amable que quiera enseñárnoslo? Laurita no lo conoce.

LUÍS — Con mucho gusto.

LAURA — Muchas gracias.

LUÍS — Cuando ustedes quieran.

(Todos se preparan para ver el jardín).

BLÁS — (A Emilia que continúa sentada). ¿Y tú?

EMILIA — Yo les espero aquí.

BLÁS — Entonces, me quedaré contigo.

EMILIA — ¡Eso sí que nó!

BLÁS — ¿Te vas a quedar sola?

EMILIA — (A Carlos que se dispone a seguir a los demás). Si Carlos quiere acompañarme...

CARLOS — ¡No faltaba más!

EMILIA — (A don Blás que se hace un poco el remolón). Ande, don Blás... que usted debe ir con ellos...

BLÁS — (Haciéndose cargo por excepción). Yo debo... marcharme.

(Quedan en escena Emilia y Carlos. Hay una breve pausa).

EMILIA — A las muchachas les ha de agradar mucho que nos acompañe. ¡Les ha sido usted muy simpático!

CARLOS — ¡Y ellas a mí!

EMILIA — Eso no es tan seguro.

CARLOS — ¿Y lo otro sí?

EMILIA — A las muchachas nos son siempre simpáticos los muchachos, y muy pocas veces conseguimos reciprocidad.

CARLOS — ¿Por qué?

EMILIA Nosotras nos fijamos en las cualidades, y ustedes en los defectos. Y defectos existen siempre, y cualidades no faltan nunca.

CARLOS ¡Hay excepciones!

EMILIA Para nosotras, no. En último caso nos fijamos en que un hombre es bueno, cualidad que posee el que no tiene otras...

CARLOS Y yo... ¿le he sido a usted simpático?

EMILIA ¿Qué, le interesa saberlo?

CARLOS Mucho.

EMILIA Que me es antipático, no puedo decírselo. Y si le dijera a usted que me es muy simpático, se iba a poner tonto y se reiría de mí...

CARLOS El juicio de usted, Emilia, es para mí interesante, porque usted me inspira extraordinaria simpatía...

EMILIA (Con intención... Con peor intención). ¿Extraordinaria, Carlos?

CARLOS (Recogiendo velas). Extraordinaria.

EMILIA ¡Y no lo creo!

CARLOS ¿Por qué?

EMILIA Muy sencillo. Estos pueblos son aburriditos, y una escaramuza de frases equívocas a nada compromete, y se pasa el rato... Y luego hace reir mucho, cuando se refiere a los amigos, una historia que comienza siempre: *Este verano una niña tonta*... ¡Me la sé de memoria!

CARLOS O una que pudiera empezar: *Este verano una muchacha deliciosa*...

EMILIA ¿Sabe usted que tengo novio?
CARLOS ¡Es admirable!
EMILIA Ni mucho menos.
CARLOS ¿Y le quiere usted mucho?
EMILIA En un término medio está la virtud.
CARLOS Entonces, no le sería muy sensible prescindir de él.
EMILIA Al contrario. Las muchachas tenemos una aspiración: que nos acompañen en un viaje, que termina en una iglesia, arrodillados delante de un cura... ¡Y mi novio me lleva de la mano!
CARLOS Pero no es su ideal.
EMILIA ¡Tal vez sea yo el suyo y es mejor!
CARLOS ¿Le cree usted así?
EMILIA ¡Sin duda! Entre adorar y ser adorado... Además, en eso de ideales, estoy en el segundo y para llegar al tercero.
CARLOS ¡No la entiendo!
EMILIA El ideal de las muchachas recorre tres fases o aspectos.... El primero es un sueño... Un príncipe o un poeta de ignoradas tierras... Gentil, de bellas palabras y, a ser posible, pobre; resulta más poético... Cansada de esperar inútilmente, se pasa al segundo: Un muchacho de los que nos rodean o conocemos... Guapo, discreto y, a ser posible, rico... Y en el tercero, se ríe una de los anteriores, y el ideal es don Blás...
CARLOS ¡Don Blás!

EMILIA ¡Ideal de maridos! La seguridad de una vida tranquila. Ni grandes alegrías, ni disgustos... Y así, hasta su muerte; que tampoco nos produce mucha pena. Porque don Blás, va derechito a la Gloria...

CARLOS ¿Lo cree usted?

EMILIA ¡Como que lo tengo en lista!

CARLOS ¿Y que lista es esa?

EMILIA Yo tengo una lista con todas las personas de Villa-Clara, que al morirse irán derechitas a la Gloria... Aquí lo sabemos todo, y eso también... Y a don Blás, no podía dejar de incluirlo...

CARLOS ¿Por qué?

EMILIA Porque de los mansos será el reino de los cielos.

CARLOS ¿Y se burla usted de una condición tan respetable, por lo generalizada, como la mansedumbre?

EMILIA ¡Pchs!... En este mundo que todos dicen que es malo, aunque nadie lo cree, ya sabe usted lo que hacemos con los mansos: ¡banderillas de fuego!

CARLOS (Jovial). ¡Admirable!... Lo que me extraña, Emilia, es que renuncie usted tan facilmente a sus ilusiones.

EMILIA Yo, Carlos, hace tiempo que dejé de bajar a la estación, y ponerle ojos melosos a los viajeros que, siéndome simpáticos, se fijaban en mí... Ahora, si voy, y alguno me agrada, lo miro, porque yo no miro

al suelo más que cuando estreno zapatos o se me pierde un alfiler, y luego... ¡como el humo!

(Vuelven a escena Soledad, Laura, Luís, don Blás y Marcelo).

LAURA ¡Precioso, Luís!

BLÁS ¡No hay otro en Villa-Clara!

LAURA ¿Nos marchamos, Emilia?

EMILIA Cuando quieras.

LAURA Amigo, Luís...

LUÍS Hasta luego Laura. Esta es su casa.

LAURA La suya, con permiso de mi mamá, Trompeta cinco.

BLÁS Antes, Bota.

MARCELO (Que habla con Emilia y Carlos, sin prestar atención a lo que dicen los demás). ¡Zapato!

BLÁS (Entendiendo que lo contraría). ¡Bota!... El origen de este nombre es interesente... Hace muchos años se cometió un terrible crimen en esa calle y gracias a una bota que perdió el criminal en la huida, pudo esclarecerse el hecho...

LUÍS ¡Muy curioso!

BLÁS Pero, a pesar de todo, esa bota no le entraba al pueblo, ni con calzador... Y entonces, se buscó uno que nos sonara, y se le puso Trompeta.

LAURA Ya lo sabe usted, Luís. Este don Blás está muy enterado de antigüedades.

BLÁS Son cosas interesantes, y que ilustran.

EMILIA (Que ha continuado su charla con Marcelo y Carlos). ¡Excelente idea!

SOLEDAD ¿Cual?

MARCELO Propone Carlos llevarnos al pueblo en autómovil y, que ustedes nos acompañen.

LAURA ¡Admirable!

SOLEDAD (Que no le agrada). No podremos ir todos.

BLÁS ¡Ya procuraremos arreglarnos!

CARLOS El automóvil está preparado.

LAURA Pues vamos. ¡Serán sabrosos los comentarios que se hagan en el Casino!

(Vanse todos por la derecha. Doña Águeda y don Tomás por el foro).

ÁGUEDA No están aquí.

TOMÁS Así parece.

ÁGUEDA ¡Luís! ¿A dónde habrán ido?

TOMÁS ¡Qué se yo! Esperaremos.

ÁGUEDA Es preciso que Blás y Solita sepan, cuanto antes, lo que acaba usted de referirme... ¿Y será cierto?

TOMÁS Me figuro que sí. Ya sabe usted que alarmados por la visita de Carlos, que desde los primeros momentos nos desagradó a todos, escribí a Madrid pidiendo informes. La carta de ayer no deja lugar a dudas.

ÁGUEDA Entonces es evidente que Carlos...

TOMÁS Es lo que se llama un vividor. Trata de fundar en la corte una asociación obrera y no se cuantas cosas más. Negocio todo, forma de quedarse con el dinero de los incautos.

ÁGUEDA ¿Pero se fiarán de él?

TOMÁS Parece que se las dá de socialista, y que goza de cierto predicamento entre los obreros, a los que solivianta con falsas promesas.

ÁGUEDA Es lo que necesita esa gente, que le den alas. Aquí es y llegará día en que se crean iguales a nosotros... Van poco a la iglesia, mucho a la taberna, leen los periódicos y como consecuencia, pierden, los respetos de una manera, que ya son contados los que al pasar una, le quitan el sombrero... ¡Y eso que les damos un jornal para que puedan comer!

TOMÁS Pues los principales culpables de este estado de cosas, no son sino unos cuantos caballeritos como ese Carlos... ¡Claro, van a su negocio! Quieren explotarlos y los halagan. Les dicen: Os daremos esto, os daremos aquello...

ÁGUEDA ¿Y que les dan?

TOMÁS ¡Ah! Les ofrecen lo de usted, lo mío, lo de los demás; pero suyo, lo que se dice sacarse del bolsillo, eso, ni una chapa.

ÁGUEDA ¿Sabe usted que resulta peligroso el tal Carlitos?

TOMÁS Sí que lo es. Además, de su vida privada también cuentan mucho, y no bueno. Se relaciona preferentemente con periodis-

tas y mujerzuelas... Lo que no confirma Sánchez es lo de la niña...

ÁGUEDA ¡Eso de la niña!... De todos modos nosotros debemos cundirlo... La familia de Emilia está entusiasmadísima con Carlos y, aunque él no se da a partido, a fuerza de metérsela por los ojos, es posible que consigan interesarlo. Esto lo retendría aquí y no nos conviene. Hay que enfriarlos. Y la noticia de la niña, como usted comprenderá, ha de saberles a cuerno quemado.

TOMÁS Perfectamente.

ÁGUEDA A Emilia, no. Ella, por pescar a Carlos, apechugaría con la niña... y hasta creería que había hecho una obra de misericordia.

TOMÁS Lo que no cabe duda es que Carlos nos mina el terreno. Hay que echarlo de Villa-Clara.

ÁGUEDA Es preciso.

TOMÁS Luís está sugestionado por él. Sería capaz de seguirle.

ÁGUEDA Eso no puede ser. Luís es un buen partido... Sobre todo a Solita le conviene casarse; y ya sabe usted como están los novios en Villa-Clara. Por cada muchacho cuatro muchachas.

TOMÁS Esa desproporción, que confirma la estadística, infiere don Gregorio el boticario que es una voz de la naturaleza, un ar-

gumento a la vista en pro de que cada hombre tenga cuatro mujeres.

ÁGUEDA ¡Qué herejía! Le digo a usted que siento tal repugnancia a ese don Gregorio, que cuando le veo me santiguo... Tiene la mismísima estampa del diablo... y quizás lo sea... A mí me parece que huele a azufre...

TOMÁS ¡Y hay quien asegura que tiene sus cuernecitos!... Pero volvamos a lo nuestro; es insensato perder el tiempo.

ÁGUEDA Hay que decidir a Luís.

TOMÁS Que transija a vivir en este pueblo. Marchándose se arruinaría.

ÁGUEDA Dice usted bien... ¿De modo que, por lo que hemos podido aprender, a Luís le quedará?...

TOMÁS Cuando Luís llegó a Villa-Clara tenía en fincas, unos veinte mil duros, aunque las adjudicaciones en la partición de sus padres era sólo por valor de trece mil quinientos; pero... ¡con arreglo al líquido imponible!...

ÁGUEDA Al grano, don Tomás.

TOMÁS Pues bien, deduciendo el aza que vendió en el ruedo, la hipoteca antigua y la de hace pocos días, para pago de deudas, vienen a quedar, en números redondos, unos nueve mil duros...

ÁGUEDA ¿Y no habrá gato escondido?

TOMÁS El registrador y yo hemos consultado

los libros. No hay ningún otro gravamen. A lo sumo, y no lo creo, podría existir por ahí algún piquillo suelto. Cosa que no afectaría en nada...

ÁGUEDA Me extraña que Luís, tan delicado, no haya dicho a Solita ni una palabra... Hay que irse con piés de plomo... ¡No vamos a exponer a mi pobre hija a...!

TOMÁS Calma, señora. Luís, por su mérito y por su capital, todavía muy estimable, es una proporción. Lo que hay que evitar a toda costa, es que se vaya. Que se quede aquí, que se aplique a sus intereses, que en lugar de hacer versos a la luna, que me parece de lo más inocente, sume y multiplique... Y sobre todo, que se meta en la política...

ÁGUEDA ¡Y volvería mi casa al esplendor de otros tiempos!... Ahora, ya sabe usted como nos tratan... ¡En menos de un mes, tres denuncias!... Y todo, porque nuestro ganado pastaba en unas tierras...

TOMÁS ¡Ajenas!

ÁGUEDA ¡Naturalmente! ¡En las propias no nos iban a denunciar!

TOMÁS Lleva usted razón.

(Entran en escena por la derecha don Blás y Solita).

BLÁS ¡Que sofoco!

ÁGUEDA ¿Qué ocurre?

BLÁS Casi nada. Fuimos con Luís y Carlos, Marcelo y las niñas, a ver si íbamos hasta el pueblo en automóvil. ¡Pero qué! ¡Yo

no sé como cuesta tanto un coche de esos! No cabíamos todos.

SOLEDAD Yo no quería ir. Laura no hacía más que mirar a Luís.

ÁGUEDA ¡Qué descaro!

BLÁS No, hijita. Era Emilia la que miraba a Carlos.

SOLEDAD Lo derretía con la mirada. Pero Laura, era a Luís. Hace días que le vengo observando...

ÁGUEDA ¡La mosquita muerta!... Pues te aseguro, que como yo le diga a esa niña cuatro frescas, y se las voy a decir en cuanto la vea, no vuelve a mirar más que al suelo...

TOMÁS No perdamos el tiempo en escaramuzas. Mira, Solita, tu madre quiere saber en qué estado se encuentran esas relaciones con Luís; cuales son sus proyectos. Nosotros vamos a escucharte, y a decirte lo que nos parezca.

BLÁS ¿Puedo hablar?

ÁGUEDA ¿Qué vas a decir?

BLÁS Que si no hago falta, me voy a ver si saco el solitario de los montoncitos.

ÁGUEDA ¡Déjate de solitarios! ¡No he visto hombre más dominado por los naipes!... Habla, Solita.

SOLEDAD Desde que estamos novios, Luís me ha manifestado gran cariño...

TOMÁS ¿Y tú le quieres?

SOLEDAD Yo sí; porque es bueno y guapo...

ÁGUEDA ¡Eso es lo de menos! Las mujeres cristianas, no deben fijarse en que los hombres sean guapos... Yo me casé con tu padre...

BLÁS (Que le han tocado a la marina). ¡Águeda!

SOLEDAD Al principio, Luís me hablaba constantemente de sus aficiones, de sus asuntos, de irse a Madrid; después, fué perdiendo entusiasmo; creí que se había olvidado de lo que él llama su mundo... Desde hace unos días, a poco de llegar Carlos, le noto preocupado... Parece que duda...

TOMÁS Carlos quiere llavárselo.

SOLEDAD Sí. Manifiesta de nuevo deseos de marcharse, de que nos casemos para irnos los dos. Yo le hago comprender que sólo aquí y con ustedes seré dichosa... Me quiere y acabaré por dominarlo.

ÁGUEDA Cuanto antes debes hablar con Luís, convencerle... Yo no permito que te separen de mí. Además, aquí ocuparías una gran posición.

TOMÁS Mucho tacto y mucha energía.

ÁGUEDA Y de un modo indirecto dile que Carlos...

TOMÁS Que Carlos...

BLÁS Nos estorba.

ÁGUEDA Y ahora a casa; no conviene que Luís nos vea a todos reunidos. Puede sospechar...

LUÍS (Que de regreso del paseo en automóvil entra por la derecha). No me han dicho que estaban ustedes aquí.

ÁGUEDA Don Tomás y yo, vinimos a poco de marcharse ustedes.

BLÁS ¿Y Carlos?

LUÍS Está leyendo unas cartas. No tardará en salir... Don Blás y Solita no quisieron acompañarnos.

BLÁS No cabíamos.

LUÍS Todo era haber ido estrechos.

SOLEDAD La verdad es que papá no quería montarse.

BLÁS Les tengo un poco miedo a los automóviles... Corriendo, se entiende; parados, ninguno... Y ese de Carlos me gusta... Ahora que, si fuera mío, lo pondría de otro color; los colores obscuros me entristecen... Yo lo pintaría...

TODOS ¡Verde!

BLÁS ¡Lo han adivinado!

LUÍS Hemos convenido reunirnos, en el empalme de la carretera, a las cinco y media.

ÁGUEDA Pues nos vamos. Aún tenemos que prepreparar unas cosillas... Luego volveremos para organizar la expedición.

LUÍS (A Soledad). ¿Tú también te vás?

SOLEDAD Pero vuelvo enseguida.

(Vánse todos, menos Luís, por foro).

LUÍS (A Soledad, que queda un poquitín rezagada). Que no tardes.

SOLEDAD Cinco minutos... Y me van a parecer un siglo.

(Luís la vé embobado alejarse).

CARLOS (Por la derecha. Trae una carta en la mano, que acaba de leer. A Luís que vuelve del fondo interrogándole con la mirada). He tenido carta de Madrid... Los asuntos van mal; cunde el desaliento... ¡Lo que temía!...

LUÍS ¿Qué piensas hacer?

CARLOS ¡Y me lo preguntas!...

LUÍS ¡Te vás!

CARLOS Dentro de unos momentos, saldré de de Villa-Clara para siempre.

LUÍS Pero... ¿Y la merienda y el plan convenido con las muchachas para esta tarde?

CARLOS ¡Qué me importa todo eso!

LUÍS ¿Para qué esa precipitación, que parece una huída?... ¡Cómo justificar tu conducta!...

CARLOS ¡Bah! ¡Tú la justificas como quieras!... (Con ironía). Hay una manera... Mi hija, mi pobre hija, desea verme... Se ha puesto muy malita; se ha muerto... Así es mejor; ¡se ha muerto!... Ellos le dieron vida y nosotros, después de utilizarla, la matamos... Es cruel, pero no se me ocurre otra cosa... Y aderezado resulta sentimental. ¡Les gustará mucho!

LUÍS ¡No debes irte así! ¡No está bién! Han sido amables contigo, se han esforzado por complacerte... Marcharte de esa forma; sin despedirte siquiera...

CARLOS ¿Y mi hija?... ¡La madre sola, desconsolada!...

LUÍS ¡No te burles, Carlos!... Retrasa tu partida unas horas... Yo no intento retenerte; deseo sólo un breve aplazamiento.

CARLOS Quiero irme cuanto antes; se me figura que no voy a poder escapar, que van a detenerme... ¡Como cuando se sale de un cementerio!... Volviendo atrás la cabeza por temor a qué nos cojan unas manos invisibles... ¡Como las que a tí te han cojido!... Y con la pena de ver enterradas las ilusiones de un amigo entrañable... ¡No puedo resistir más!... ¡Me han vencido!

LUÍS No, Carlos. No te han vencido. No sé cuando iré.

CARLOS ¡Nunca! He llegado a convencerme... por eso me voy.

LUÍS Aguarda. Mañana puedes partir... Hablaremos antes.

CARLOS ¡Hemos hablado tantas veces!... Y yo lo hice siempre con violencia, sabiendo que mis palabras iban alejándome de tu cariño... Insistir de nuevo, perdida ya la esperanza, sería crueldad inútil... Es loca, es absurda la felicidad; que yo me equivoque y la encuentres aquí...

LUÍS Me apena tu marcha.... Es extraño, cuando en nuestras conversaciones me hablabas de irte, una vocecilla innoble, que yo quería acallar, lo deseaba... Ahora, al llegar el momento... Me causa una tristeza,

un desconsuelo... Y es que teniéndote aquí, hablando de nuestros proyectos, de nuestras ilusiones, me parece que están con migo... Pero al marcharte...

CARLOS Al marcharme, ya no te quedará nada; ni el recuerdo siquiera...

LUÍS Yo iré. No lo dudes. Para seguirte me detiene Soledad... No puedo separarme de su lado... Iremos los dos.

CARLOS Si no te siguiera...

LUÍS ¿Tú crees que Soledad?...

CARLOS ¡Lo temo!

LUÍS No dudará... He de hablarle seriamente.

CARLOS Soledad viene.

LUÍS ¿Insistes en marcharte hoy?

CARLOS Sí, cuanto antes. (Refiriéndose a Soledad que se oye cantar en el fondo.) Me despediré de ella... Se alegrará mucho.

LUÍS No... Entra en casa... Vé recogiendo tus libros... Que Juan te arregle lo que necesites... Luego nos despediremos...

(Se va Carlos por la derecha. Entra Soledad, que ha esperado que se marche Carlos, mimosa y contenta.)

SOLEDAD ¿He tardado mucho?

LUÍS ¡Soledad!...

SOLEDAD ¡Estás triste!... ¿En qué piensas?

LUÍS Mira, Soledad... Necesito hablarte.

SOLEDAD Dí, dí.

LUÍS Lo que voy a decirte es como el resúmen de lo que tantas veces nos hemos dicho y sin decirnos hemos sentido...

Sin embargo, es un momento que decide nuestra vida...

SOLEDAD ¡Me asustas!

LUÍS Sabes como deseo que me quieras. Un cariño capaz de todo lo bueno y de todo lo malo...

SOLEDAD No te entiendo, Luís.

LUÍS Verás. Llegué a Villa-Clara por unos días y tu cariño me retiene aquí... He querido marcharme, me llamaba el deber, mi vida entera ya dirigida por un sendero... Lo impedías tú, nuestro cariño, más fuerte que la voluntad... Aplacé, aplacé... Por no separarnos tengo abandonado mi porvenir, mis ilusiones...

SOLEDAD Esas cosas de las que yo siento celos porque temo que puedan más que yo, que te alejen de mí...

LUÍS ¡Tampoco! ¡Ya nada nos separará!... Cuando se marche mi amigo que tanto te hizo temer, se irá sólo...

SOLEDAD ¡Qué alegría tan grande!

LUÍS Hemos hablado sin precisar, sin darle forma... Quiero que comencemos hoy a recorrer juntos en la vida esa bella senda tantas veces cruzada con el pensamiento... Tenemos confianza en nuestro cariño; él vencerá los obstáculos que puedan presentarse... Nos casaremos, Soledad... ¿No lo deseas?

SOLEDAD ¡Con toda mi alma!

LUÍS Veré a tus padres, señalaremos una fecha lo más inmediata posible... Ellos, supongo, no han de oponer dificultad...

SOLEDAD No, no.

LUÍS Acabaré de arreglar mis asuntos. También sobre esto tengo que hablarte. Mi capital ha sufrido algún quebranto... Tal vez hayas oído algo...

SOLEDAD Sí; es decir...

LUÍS ¡Lo sabías!

SOLEDAD Nunca puse cuidado. Mis padres creo que tampoco.

LUÍS No he querido decirte nada hasta conocer exactamente mi situación.

SOLEDAD ¡Son cosas molestas!

LUÍS Por lo mismo deben tratarse con claridad. Por no ahuyentar las sombras con unas palabras sinceras, se agigantan, se intensifican y crean una muralla que puede llegar a separarnos...

SOLEDAD Hablaremos otro día. Hoy no quiero que me hables más que de nuestro cariño, de nuestros proyectos... Dime, Luís.

LUÍS Nos casamos en seguida; encerraremos primero el mundo en nosotros dos con ese egoismo de los que se quieren y son felices... Luego... a la lucha; a conquistar nombre, fama, todo para mi Soledad...

SOLEDAD ¡Disparates, Luís!

LUÍS ¡Eso no!... Aunque lo sean...

SOLEDAD Yo te quiero así como tú eres, sin otras ambiciones que nuestro cariño.

LUÍS Es que temes a esa vida; el miedo a lo ignorado que no he podido destruír... Yo he querido convencerte; ha sido mi labor constante desde que te conocí: luchar con esa preocupación, dar alas a tu espíritu que se adhiere obstinadamente a la tierra... Deseaba que al llegar este momento, al señalarte la nueva senda fueses a ella con alegría... No he podido conseguirlo; creo que no lo conseguiría nunca.... Al romper las ligaduras que te atan a esta vida, tendrás dolor que no he podido evitarte... Es un sacrificio que por mí hará tu cariño...
¿No es cierto?

SOLEDAD ¡Luís!

LUÍS ¡Contéstame! ¡Dime que sí!

SOLEDAD Dejar el pueblo, mis padres... ¡Renunciar a mi vida!...

LUÍS ¡Qué es eso! ¿Dudas, Soledad?

SOLEDAD ¡Me exiges demasiado!... Este es mi centro, fuera de aquí no seré dichosa... Y no es sólo mi voluntad, mis padres se opondrian resueltamente...

LUÍS (Con amargura) ¡No quieres seguirme!

SOLEDAD No es que no quiera... Es que aquí seríamos felices... Además, me lo decías hace un momento, tu capital exige cuidados. Al marcharnos continuaría el descenso,

quizás la ruina... ¡Qué sería de nosotros!... ¡Tú que tanto me quieres, no puedes exponerme a ese peligro!... ¡La miseria!... Debemos reflexionarlo mucho... Oirás a mis podres... ¿Estás triste?... No, Luís... Hoy debe ser día de alegría para los dos... ¿Pero qué te sucede?... ¿Te han hecho mal mis palabras?

Luís — No; me han hecho bién: ¡mucho bién!

Soledad — Ya hablaremos despacio. Tenemos tiempo... Si nos precipitamos mucho pudieran pensar mal. Debemos evitar las murmuraciones... ¿No te parece?

Luís — Sí; dices bien.

Soledad — Y me voy... Es hora de prepararnos para la merienda... ¡Pero antes dime que se te ha pasado el enfado!... Mamá es la más rebelde y yo procuraré convencerla. ¿Estás contento?

Luís — Sí, sí.

Soledad — Vuelvo enseguida... Adiós Luís.

(Váse Soledad por el fondo. Luís la vé marcharse apesadumbrado. Tras breve pausa entra Carlos por la derecha).

Carlos — ¡Luís!

Luís — Aquí me tienes.

Carlos — Te suponía con Soledad.

Luís — Acaba de irse.

Carlos — Le habrá alegrado la noticia ¡Es su victoria!

Luís — Nada le he dicho.

Juan — (Por la derecha). He recogido los libros y to-

do lo que me mandó el señorito. Manuel me ha preguntado si saca ya el automóvil.

CARLOS Dile que sí.

JUAN Está bién. (Váse).

CARLOS ¡Amigo mío, gran pena me causa el separarme de tí!... ¡Ha llegado el momento!... ¡Me voy!...

LUÍS (Tras corta vacilación). ¡Nos vamos los dos!

CARLOS ¡Que dices!

LUÍS ¡Que también me voy! ¡Que abandono a Villa-Clara para siempre!

CARLOS ¡De veras, Luís!

LUÍS He hablado con Soledad... Es el suyo un cariño vacilante, egoista... ¡No quiere seguirme!...

CARLOS ¡Ella misma te ha quitado la venda!... ¡Debes agradecérselo!

LUÍS Sí, es verdad... Pero los ojos que no ven, al recibir la luz sufren daño.

CARLOS Abandonemos esto; busquemos nuestro mundo... ¡Con alegría porque no es una ilusión que muere, sino una vida que renace!

LUÍS ¡Sin embargo, es tan triste separarse de lo que hemos querido!... Al poner nuestro cariño en una persona, ponemos en ella pedazos del alma, y renunciar a ella nos causa pena porque en ella hay siempre algo nuestro y porque en nosotros existe algo de ella.

JUAN (Desde la puerta). El automóvil espera.

CARLOS ¡Ya nada nos detiene!... ¡Vamos, Luís!

LUÍS Sí, vamos...

(Vanse por la derecha. Levísima pausa. Doña Águeda, don Blás e inmediatamente después Solita y don Tomás, todos por el foro)

BLÁS No están aquí... Voy a decirles que ya estamos nosotros listos. (Sale por la derecha)

ÁGUEDA ¡Que se den prisa!... ¡Llegaremos como la juncia del tío Portales, tres días después de la procesión!...

TOMÁS ¡Mire, mire! ¡Se montan en el automóvil!

ÁGUEDA ¡Y parece que se marchan! (Se oye la bocina)

TOMÁS ¿Dónde irán?

ÁGUEDA ¡Que se yo!

TOMÁS Tal vez a dar un paseo.

SOLEDAD No; yo creo que se van para no volver.

BLÁS (Que entra por la derecha) ¡Lo que dice Juan es un adsurdo!... ¡Que no vuelven!... ¡Que se van para siempre!...

SOLEDAD Me lo temía... Luís es muy orgulloso. Ya he contado a ustedes nuestra entrevista. Se va con Carlos... Comprendió que yo no le seguiría nunca...

ÁGUEDA ¡No lo creí capaz de esta acción!

BLÁS ¡Nos han dado el primer plante!

TOMÁS ¿Y qué haremos?

ÁGUEDA Por lo pronto ir a la merendilla como si tal cosa. Pensaremos una explicación que evite las críticas... Luego, ya veremos... Hay que disimular... (Se oye lejos la bocina).

SOLEDAD (Sin amor ni odio). Ya doblan el último recodo del camino... Solo se vé un punto brillante que se mueve en el espacio... Ya... nada... la nube de polvo que han levantado...

FIN DE LA COMEDIA



Precio: DOS pesetas